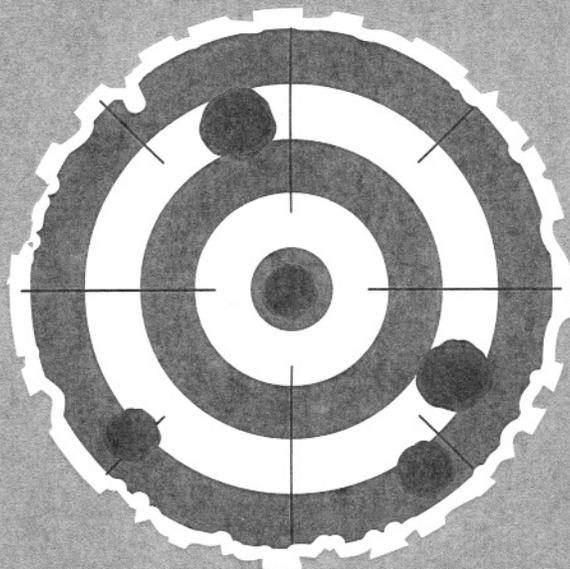


# Memoria de crímenes

## Literatura, medios audiovisuales y testimonios

Gustavo Forero Quintero (Ed.)

Colección Espacios



Siglo del Hombre Editores  
Universidad de Antioquia  
Fundación Universidad de Antioquia  
Grupo Estudios Literarios GEL  
Medellín Negro

Memoria de crímenes  
*Literatura, medios audiovisuales y testimonios*

Gustavo Forero Quintero  
*Editor académico*

Autores

Catalina Acosta Díaz  
Esteban Arango  
Álvaro Baquero-Pecino  
Rodrigo Bastidas Pérez  
Simon Booker  
Mallory N. Craig-Kuhn  
Jorge Febles  
Lucía Feuillet  
José Gai  
David Knutson  
Fernando López

Lorenzo Lunar  
Melanie McGrath  
Neele Meyer  
Rebeca Murga  
Inmaculada Pertusa  
Daniel Quirós  
Osvaldo Reyes  
Friedhelm Schmidt-Welle  
Lorenzo Silva  
Eduardo Soto Díaz  
Enrique Trujillo Gamboa



## MÁS ALLÁ DE LA PAZ: LITERATURA DE CRÍMENES EN LA COSTA RICA CONTEMPORÁNEA

*Daniel Quirós*

El primero de diciembre de 1948, después de una guerra civil de cuarenta y cuatro días, el Ejército fue abolido en Costa Rica. Todos los ticos nos sabemos la historia. Lo estudiamos en la escuela y en el colegio. Lo revivimos mediante las camisetas coloridas que compran hoy los turistas, con dibujos de tortugas y pájaros, irónicamente catalogados como el Ejército y la Fuerza Aérea costarricenses. Cada año, también circula por los periódicos la famosa foto de José Figueres Ferrer —líder de la revolución triunfante y presidente de la Junta de Gobierno de 1948— con mazo en mano, golpeando las paredes del viejo Cuartel Bellavista. La ceremonia marcaría el fin simbólico del Ejército, que un año después sería disuelto oficialmente por la Asamblea Nacional Constituyente en el artículo 12 de la nueva Constitución política. El Cuartel Bellavista llegaría a ser el actual Museo Nacional, y así la historia militar del país pasaría a las memorias distantes, exposiciones y curiosidades en las páginas amarillentas de los libros.

Aunque la historia e imagen de una Costa Rica pacífica se remonta a mucho antes del siglo XX, quizás es este momento el que más ha marcado el comienzo de una visión contemporánea —especialmente fuera del país— de una Costa Rica de paz. Una paz, además, que también se ha llegado a asociar con un bienestar más abarcador: económico, social y político. La idea

comúnmente discutida es que la abolición del Ejército cambia de manera significativa el trayecto histórico del país, que desde entonces puede invertir el dinero en educación, salud y cultura.<sup>1</sup> Esto tendrá repercusiones importantes, y es una de las razones que se utilizan para explicar el porqué de un país que en la región de Centroamérica, hoy día muy asociada con la violencia y la pobreza, repetidamente recibe, en el índice de desarrollo humano, marcas altas en expectativa de vida, educación y PIB per cápita.<sup>2</sup> En los últimos años, la New Economics Foundation de Inglaterra llevó este imaginario al límite al nombrar a Costa Rica “el país más feliz del mundo” (Rodríguez párr. 1).<sup>3</sup>

Sin embargo, como todo imaginario construido alrededor de un país, es a veces difícil saber cuánto en estas asociaciones es verdadero, discutible o simplemente parte de la ficción mitológica de una patria. Quizás será, como lo es casi siempre, un poco de las tres cosas. Este artículo explorará este orden simbólico de “paz”, partiendo de la memoria de esa foto de Figueres y ese mazo que quiebra la relación metafórica con todo lo bélico. Porque para un autor de libros de crímenes, y un costarricense que trabaja como académico en Estados Unidos, este imaginario de paz y bienestar devela una serie de sentimientos encontrados. Por un lado: orgullo. Agradezco la historia menos violenta que hemos tenido, los avances —innegables, a fin de cuentas— en salud pública, educación, protección ambiental, entre muchas otras cosas. Este pasado diciembre, se cumplieron sesenta y siete años desde la abolición del Ejército y, sin duda, al mirar la historia del continente y del mundo, es algo que todo costarricense defendería como algo positivo, lindo e importante. No soy una excepción.

Por otro lado, siento que a veces la fuerza de este imaginario de paz y su memoria reducen la complejidad de mi país a la de un panfleto turístico. Porque aunque la Costa Rica de hoy está muy lejos de la violencia del narco en México, o la del triángulo norte de Centroamérica —Honduras, El Salvador y Guatemala—, sí se ha convertido en un país de crecientes crímenes

---

<sup>1</sup> En un artículo reciente de *La Nación*, por ejemplo, el exembajador costarricense en Italia, Jaime Feinzaig Rosenstein, menciona que la abolición del Ejército hace “cambiar los destinos de nuestra patria” (párr. 1), que “continúa creyendo en la utopía de un mundo pacífico”. El exembajador también menciona “la decisión de consignar los recursos a la educación, la salud y la cultura de los costarricenses” (párr. 6).

<sup>2</sup> Para más detalles, ver United Nations Development Program.

<sup>3</sup> Costa Rica obtuvo el primer lugar en 2009 y 2012.

y desigualdad. Después de todo, la ausencia de un ejército no implica la resolución de todos los males del país. Tampoco implica el fin de otros tipos de violencia. Por eso, siempre siento ese cosquilleo incómodo en la boca del estómago cuando mis estudiantes vuelven de programas de estudio en mi país, alucinados con la belleza natural y una idea de Costa Rica que parece más utópica que real. Saludan con el ubicuo “pura vida” —expresión costarricense que, aunque polifacética, es utilizada para captar el supuesto espíritu nacional: todo está bien; todo está pura vida—. En festivales literarios, desde la Semana Negra en Gijón al Quais du Polar en Francia o la Feria del Libro de Guadalajara, he encontrado un gran interés por la literatura de mi país, que, como la centroamericana, aún es poco conocida en las bibliotecas de la literatura mundial. A la vez, también he recibido una pregunta recurrente en conversaciones con otros autores, académicos y el público en general: ¿qué hace un costarricense escribiendo sobre violencia y crímenes?

Aunque la pregunta es hecha mitad en broma, siempre espera una respuesta seria. Busca, detrás de su curiosidad cargada, una explicación. Mi primer instinto siempre es decir lo más fácil: ¿por qué no? Primero, porque la literatura nunca se ha dejado limitar por ideas dominantes de la realidad. No existe razón alguna por la que un costarricense no pueda escribir novelas negras, románticas, cómics, qué se yo. Pero, ¿se puede reducir la realidad de mi país únicamente a esta idea de paz? ¿Qué tipo de paz? Cuando hoy pienso en el género policiaco, en su génesis y en sus ramificaciones críticas contemporáneas, no siento la misma curiosidad de aquellos que me hacen esa pregunta. Para mí, el desarrollo muy reciente de una literatura de crímenes en Costa Rica, nutrida tanto del policiaco de corte inglés como de la novela negra, tiene relevancia no solo ideológica y literaria, sino también social. De hecho, quizás desde su inicio, el género no ha estado tan interesado en niveles de violencia y criminalidad *per se*, sino en las contradicciones —conscientes o inconscientes— de una modernidad que produce avances y progreso, pero a la vez exactamente su opuesto, su lado oscuro. En este sentido, dentro de ciertas ramas de la tradición, siempre ha habido un intento por cuestionar la imposición simbólica de una imagen de paz y estabilidad; de que todo está bien en el cuerpo social. Así el crimen en la ficción se convertiría, como ya lo ha dicho Josefina Ludmer, en un instrumento crítico (14).

En los últimos treinta años, más o menos, Costa Rica ha vivido un cambio socioeconómico bastante fuerte. Se ha vuelto, en muchas maneras, un país de contrastes. Esto ha resultado en la continuación indudable de una

cierta estabilidad —de una “paz”— que a la vez convive con creciente desigualdad, violencia y ciertos tipos de criminalidad. En fin, dos lados de una misma moneda: progreso y atraso, luz y oscuridad. En estos contrastes, creo, es donde hoy día también está la clave para acercar a Costa Rica y su literatura a problemáticas compartidas con el resto del continente y hasta del mundo; no para separarla de ellos, mediante la recurrencia a una utopía irreal. Después de todo, son esas contradicciones de la Costa Rica moderna, como las de todos los países, las que causan ebullición en el cuerpo social, y como resultado fomentan ese “poder cuestionador de la moderna novelística negra” (Giardinelli 357).

#### LA SOMBRA DE LA PAZ

Para empezar: ¿por qué mi país está tan exclusivamente asociado a esta idea de paz y estabilidad? La respuesta es muy compleja. De hecho, se remonta hasta la Colonia.<sup>4</sup> Daría, y ha dado, para largas discusiones dentro de una larga lista de disciplinas.<sup>5</sup> Por ahora, me interesa discutir este imaginario de

<sup>4</sup> Carlos Cortés tiene un ensayo excelente sobre este y otros mitos nacionales: “El imaginario nacional: mitos de integración, mitos de exclusión” (2003).

<sup>5</sup> Durante la segunda parte del siglo XX, valdría mencionar dos momentos claves en el desarrollo de este imaginario internacional: la abolición del Ejército (1948) y la neutralidad oficial del país en los procesos de paz centroamericanos de los años ochenta del siglo XX, que culminan con el Premio Nobel de la Paz otorgado a Óscar Arias en 1987. Sin embargo, estos momentos son, como todo momento histórico, siempre más complejos de lo que parecen. Un reciente artículo de Mercedes Muñoz, por ejemplo, sitúa la abolición del Ejército en el contexto geopolítico de su época, señalando que no se trata tanto de “una renuncia absoluta e incondicional a las armas, sino simplemente de privar a los Estados Unidos de América y a eventuales aliados internos de cualquier posibilidad o pretexto para intervenir militarmente e impedir las reformas impulsadas por Figueres y sus seguidores” (386). Durante la Contrarrevolución en Nicaragua, María Álvarez-Solar nos recuerda que, aunque el presidente Monge declara la neutralidad del país el 17 de noviembre de 1983, Costa Rica estaba siendo presionada por Estados Unidos para desempeñar un papel más activo en el conflicto (80). Según Álvarez-Solar, en esa década de los ochenta “... en Costa Rica se movieron armas, dinero y agentes del servicio de inteligencia de la [Central Intelligence Agency] CIA. En el año 1983 se realizaron en suelo costarricense encuentros entre el servicio de inteligencia norteamericano y comandantes nicaragüenses de la Contra” (74). Óscar Arias apartará al país un poco de la política de Monge, pero durante su presidencia (1986-1990) Costa Rica aún recibe grandes cantidades de dinero de Estados Unidos mediante la Agency for International Development, AID (hoy Usaid). Hoy día, continúan algunas de estas polémicas. En el 2010, por ejemplo, después de que 7000 miembros de las fuerzas armadas estadounidenses fueron enviados a Costa Rica para ayudar en la lucha

paz y estabilidad como algo ya generalizado. Más específicamente, como algo más relacionado con Costa Rica que con otros países. Así volveremos a nuestro tema —la literatura— y al por qué esta idea de paz hace, para algunos, curiosa o extraña la relación actual de mi país con el género policiaco y sus ramificaciones. Es, después de todo, una curiosidad curiosa —valga la redundancia—, especialmente dada la historia del género. Pienso, por ejemplo, en si alguna vez le habrán hecho preguntas similares a Henning Mankell o a Jo Nesbo, famosos autores del género policiaco, de Suecia y Noruega respectivamente. Después de todo, sus países han tenido niveles históricos de criminalidad y violencia siempre muy bajos; han estado también asociados con algún tipo de estabilidad o paz. Y en verdad, ¿cuántos asesinos en serie o casos de violencia generalizada podrían acontecer en esos países al año? La curiosidad me llevó, como muchas veces, a la internet, y al estudio global sobre asesinatos dolosos en la página web de la Oficina de Naciones Unidas contra la Droga y el Delito (Unodc, según sus siglas en inglés). Obviamente, la criminalidad y la violencia son fenómenos sociales muy complejos y no se pueden reducir únicamente al número de homicidios —algo que discutiré más adelante—. También, los datos oficiales pueden ser muy imperfectos. Sin embargo, como dice el informe, pueden servir como un reflejo importante de la violencia en un país, una manera general de tomarle el pulso a sus niveles de seguridad (United Nations 9). En fin, dan algo que pensar.

Así que, veamos algunos números, por pura curiosidad. En el 2012, Suecia tuvo 0.7 homicidios dolosos por cada 100 000 personas; Noruega tuvo 2.2 en el 2012 (131). Son números muy bajos que igual han servido como contexto para los crímenes de autores como Mankell, Nesbo, Larsson, entre otros. La situación es similar en el Reino Unido —un homicidio por cada 100 000 personas en el 2011—, donde hoy día se lee mucho a escritores escoceses como Ian Rankin o Val McDermid. En España, el género continúa extendiendo las largas ramas de su tradición. Pienso en escritores recientes como Alexis Ravelo, Carlos Zanón, Víctor del Árbol, Berna González Harbour, entre muchos otros. Este año, en Francia, conocí al escritor Aro Sáinz de la Maza, cuya novela reciente, *El asesino de la pedrera* (2014), tiene al inspector Milo Malart persiguiendo a un psicópata por Barcelona. Asesinatos dolosos en España en el 2012: 0.8 por cada 100 000 personas (131).

---

contra el narcotráfico, Evo Morales comentó que Costa Rica sí tenía Ejército: los Estados Unidos (Gilsinan).

En Latinoamérica, las estadísticas son, por supuesto, muy distintas. De hecho, algunos dirían que estas diferencias en la criminalidad y violencia en parte explican la distinción tan grande dentro del género policiaco en el continente, donde la falta de fe en un sistema judicial y en la Policía en general desemboca en pocas novelas con inspectores y muchas más influenciadas por el pesimismo y cinismo del género negro. Pienso en el “sistema criminal” de Paco Taibo II y la violencia del narco en el imaginario de Élmer Mendoza en México, por ejemplo.<sup>6</sup> También, en la influencia negra en varias novelas del guatemalteco Rodrigo Rey Rosa, quien ha comentado que una “investigación clásica” no puede existir en Guatemala —con una tasa de 39.9 asesinatos dolosos para el 2012—; no es creíble en un país donde solo se investigan del 4 al 5 % de los crímenes (367). Sin embargo, con estos escritores también convive la producción contemporánea de Argentina y Chile. Novelas recientes, violentas y muy buenas, de escritores argentinos tan diversos como Ernesto Mallo, Selva Almada, Mempo Giardinelli, Miguel Ángel Molfino o Mariano Quirós toman lugar en lo que supuestamente aún es uno de los países más seguros del continente —seis asesinatos dolosos por cada 100 000 habitantes en el 2010 (“Los 5 países” párr. 16)—.<sup>7</sup> Las novelas de Ramón Díaz Eterovic en Chile tienen como contexto un país cuyos niveles de violencia son también muy bajos hoy día (3.1 asesinatos dolosos por cada 100 000 habitantes en el 2012) (United Nations 127).

Aunque estas relaciones son algo simplistas y problemáticas, vemos que los niveles de violencia parecen afectar más lo que se representa y cómo, los temas, la perspectiva de quién produce o quién es responsable por el crimen y de qué manera. En fin, la diversidad de violencias, problemas, temas u obsesiones de una diversidad de países y autores. Sin embargo, no es necesariamente algo extraño que el crimen y la violencia surjan en la literatura de Jo Nesbo o de Ricardo Piglia, de Michael Connelly o de Leonardo Padura Fuentes. Pero, con Costa Rica, a veces siento que, para algunos, la paz y el imaginario de estabilidad democrática que la acompañan hacen curioso o hasta llegan a invalidar la relevancia contemporánea del género. En fin, ¿por qué a

<sup>6</sup> Aunque es un número controversial, según la Unodc, hubo 21.5 asesinatos dolosos por 100 000 personas en México en el 2012 (24). Élmer Mendoza menciona que en los últimos seis años ha habido entre 70 000 y 120 000 muertos en la guerra declarada entre el Estado mexicano y la delincuencia (41).

<sup>7</sup> Costa Rica también está en esta lista.

mis colegas argentinos o chilenos no les hacían la misma pregunta? Después de todo, hoy día, Costa Rica sobrepasa los niveles de asesinatos dolosos de ambos países. En el caso de Chile, los duplica.<sup>8</sup> En el 2015, Costa Rica tuvo una tasa de homicidios de 11.4 por cada 100 000 personas (ACAN-EFE párr. 1). Fue, de hecho, el año “más violento en la historia del país” (párr. 1). En una región donde El Salvador y Honduras registraron, en el 2015, 91 y 58 homicidios por cada 100 000 personas respectivamente, esta violencia no pareciera un problema tan serio (Ventas párr. 3). Sin embargo, no se puede ignorar. Tenemos problemas relacionados con la violencia y la criminalidad. Son problemas algo distintos, menos serios, pero siempre siguen siendo problemas. O sea, también podríamos servirnos de la perspectiva crítica del crimen en la ficción para explorarlos.

Pareciera una conclusión banal, pero entre más he viajado, más me doy cuenta de que fuera de Costa Rica ha calado bien hondo una imagen bastante homogénea de mi país. Porque en el imaginario del mundo, países como Chile, Argentina, México y España acaparan toda una serie de imágenes, problemáticas y reales: dictaduras, violencia del narco, desigualdades devenidas de múltiples crisis económicas, guerrillas, revoluciones y contrarrevoluciones. En un momento de gran heterogeneidad para el género policiaco, esto significa que su literatura es también muy compleja. Continúa explorando un sinfín de crímenes ligados a un sinfín de temas tan diversos como la violencia y las sociedades en las que toma lugar. Pero, precisamente por eso, y precisamente porque existe en la literatura tica una multiplicidad de Costa Ricas, me ha sorprendido la percepción común que existe, fuera del país, de nuestra imagen. De hecho, en las bóvedas del imaginario mundial Costa Rica pareciera significar, a lo sumo, tres cosas: paz, estabilidad socioeconómica y turismo.

Habría que hablar, entonces, de la imposición —y a veces aceptación— de un imaginario que tiene algo de cierto, pero que a la vez es irreal y simplista. Habría que ver del otro lado de su moneda y de la idea de que todo está bien —“pura vida” — en el cuerpo social. Porque, para mí, este tipo de cuestionamiento de los discursos dominantes de un país, de lo hegemónico, siempre ha sido una de las preocupaciones centrales del género policiaco y sus crímenes. En fin, estos dos lados de la moneda no son nada nuevo. Representan, en una escala menor, los contrastes inherentes al sistema capitalista moderno,

<sup>8</sup> Los números más recientes que pude encontrar fueron de 8.8 asesinatos dolosos por cada 100 000 personas para Argentina y 4.6 para Chile en el 2013 (Gallo párr. 3).

siempre muy ligado al desarrollo de todo lo negro en la ficción. En su libro *Delightful Murder: A Social History of the Crime Story* (1984), Ernest Mandel ha desarrollado este paralelo. Mandel relaciona, por ejemplo, la aparición y popularidad de textos precursores como *On Murder Considered as one of the Fine Arts* (1827), de Thomas de Quincey, o *Mémoires* (1828), de Vidocq, con una modernidad donde conviven la supuesta estabilidad —la “paz”— de las naciones más ricas del mundo con el crecimiento del crimen a un nivel sin precedente (5-21). Por eso, tal vez no es de sorprenderse que el primer cuento considerado como propiamente detectivesco —“Los crímenes de la calle Morgue” (1841), de Edgar Allan Poe (1841)— toma lugar en un París donde la criminalidad ha crecido desmesuradamente. Al leer este cuento, muchas veces me he preguntado: ¿qué hacía Poe —un estadounidense de Filadelfia— escribiendo sobre crímenes en París? Está claro que, para su época, la ciudad representaba algo así como el asiento simbólico —por lo menos cultural— de las discusiones sobre la modernidad global. A la vez, Mandel nos cuenta que solo en octubre de 1880 hubo 143 asaltos nocturnos en París. Para 1882, el problema de la criminalidad era tan serio, y la población estaba tan preocupada, que se prohibía la apertura de los cafés pasadas las 12:30 de la madrugada (5).

No solo es la presencia del crimen lo que crece, sino también la institucionalidad de los sistemas de represión estatal que intenta controlarlo. Mandel escribe, por ejemplo, que la cantidad de personas condenadas por crímenes en París aumenta de 237 por cada 100 000 habitantes en 1835 a 375 en 1847 y a 444 en 1868 (5). De hecho, durante esta época aparece la que es considerada la primera fuerza policial moderna: la Metropolitan Police Service de la ciudad de Londres, fundada en 1829 por sir Robert Peel. Cambia, inclusive, la idea del control social en sí. Bien conocidas son, por ejemplo, las ideas de Michel Foucault en *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión* (1975), donde el teórico francés toma un modelo de edificio institucional —el Panopticon, diseñado por Jeremy Bentham hacia fines del siglo XVIII— como un modelo para discutir el funcionamiento automático del poder en la era moderna. Es, en fin, una época de gran cambio en la presencia, concepción y persecución del crimen. Es, también, una época de grandes contrastes. Por un lado, el capitalismo moderno, con sus ideas de progreso y desarrollo —inclusive descritas como una *belle époque* hacia fines del siglo XIX—, se consolida como sistema socioeconómico supremo. A la vez, también existe el otro lado de su progreso: creciente criminalidad, desigualdad y colonialismo violento.

Dentro de estas contradicciones, o tal vez por medio de ellas, surgen los primeros detectives del género: el Dupin de Poe en la cosmopolita “ciudad de las luces”; el Sherlock Holmes de Arthur Conan Doyle hacia los años 1880, durante el apogeo del Imperio británico; el Philo Vance de S.S. van Dine y el Hercule Poirot de Agatha Christie, durante la “época de oro” de entreguerras. Al principio, estos hombres intelectuales y metódicos servirían más como símbolo de los valores de la postilustración, de una profunda fe en la razón como motor de la historia humana. Aunque no quiero tampoco homogeneizar a toda una variedad de autores. Después de todo, entre Agatha Christie y G.K. Chesterton hay muchas diferencias. Sin embargo, como lo ha dicho Ricardo Piglia, por lo general estos escritores no tienen tanto una función crítica frente a los cambios socioeconómicos, sino que más bien restituyen, mediante su lógica deductiva, el orden simbólico del *statu quo*: “[S]e valora antes que nada la omnipotencia del pensamiento y la lógica imbatible de los personajes encargados de proteger la vida burguesa” (“Sobre el género policial” 60). Representan, más que todo, una ansiedad sobre el crimen y la necesidad de controlar simbólicamente las contradicciones inherentes al creciente capitalismo y su llamada modernidad.

Estas contradicciones se verán muy diferentes durante los años veinte del siglo posterior, cuando surge el policiaco duro norteamericano en oposición directa a lo que es percibido por sus autores como narrativas demasiado intelectualizadas, metódicas y artificiosas de la “época de oro” anterior. Aunque los nuevos autores norteamericanos —Dashiell Hammett, Raymond Chandler, Ross Macdonald, entre muchos otros— aún no desarrollan una perspectiva plenamente ideológica o necesariamente política, sus caracterizaciones de sociedades plagadas de crimen, corrupción institucionalizada y violencia sin duda tendrán repercusiones extensas sobre la tradición crítica del género —especialmente en Latinoamérica a partir de los años sesenta del mismo siglo XX—. En estos textos ya no es el “enigma” individual, científico y racional, que resuelven los *super sleuths* como Sherlock Holmes. El detective nuevo es más bien una figura liminal —entre el crimen y la justicia, el orden y el desorden, la violencia y la paz—, más cómodo en un bar que en una biblioteca llena de libros. Se desarrolla entonces una visión más pesimista del cuerpo social, cuya asociación indudable con el cine *noir* desembocará ya plenamente en el concepto de la novela negra y narraciones no ancladas únicamente a la figura del detective —pienso en James M. Cain, Horace McCoy, Edward Anderson, Jim Thompson, entre muchos otros.

Algo muy interesante para mí es que inclusive las raíces del policiaco duro conviven por un tiempo con la época de crecimiento y prosperidad del período de entreguerras —una cierta paz, pues—, conocida inclusive como los “*roaring twenties*”. Obviamente, en 1929 vendrá la Gran Depresión y su pesimismo social, tan propio de muchas de las novelas negras y el cine *noir*. También los Chandler, McBain, Macdonald, Himes, entre muchos otros, vendrán después. Pero la génesis del policiaco duro en revistas como *Black Mask* —fundada en 1920— es anterior a esta crisis. Acontece en medio de una época de supuesta prosperidad. Cuando leo y releo *Cosecha roja*, de Hammett —publicada en serie desde 1927 y considerada la primera novela del policiaco duro—, siempre me impresiona la clarividencia de un texto que ya siente en el cuerpo social la crisis que vendrá. En el Poisonville de la novela, cargado del veneno de una desigualdad estructural, Hammett percibe lo que hay detrás de ese discurso utópico, contradictorio, de los “*roaring twenties*”, el otro lado de su moneda. Porque esta época de crecimiento económico y supuesta prosperidad es también la época de la ley seca en los Estados Unidos y de la prosperidad del crimen organizado. Como dice Mandel: “[C]rime came of age, spreading from the fringes of society into the very centre of things” (31). En el Personville de Hammett se puede ver esto en las pandillas que pelean por el control de la ciudad. También se empiezan a ver otros crímenes, más institucionales. Por un lado, los mineros pobres que se toman sus cervezas en billares y bares de mala muerte; por el otro, el magnate de Personville que recibe al Continental Op en su mansión y quiere que investigue el asesinato de su hijo. En fin, grandes desigualdades, ebulliciones, problemáticas, en un supuesto momento de paz. También una perspectiva crítica —al igual que lo mejor del género negro— ante el peligro de dejarse tragar por visiones homogéneas de la realidad de un país.

Quizás sea por eso que a partir de los tardíos años setenta del siglo XX, más o menos, surge en Latinoamérica una literatura de crímenes más influenciada por el policiaco duro y la novela negra. Como lo ha dicho el mismo Paco Taibo II: “Pasamos de la novela enigma esencialmente inglesa a la novela negra” (202). Así se fomenta un espacio para “los proyectos descolonizadores del género” (203). Empiezan a surgir nombres como el del mismo Taibo, Guillermo Saccomanno, Osvaldo Soriano, Juan Carlos Martini o Rafael Ramírez Heredia. En los años noventa del mismo siglo, vendrán Leonardo Padura Fuentes, Ramón Díaz Eterovic, Élmer Mendoza, entre muchos otros. También la influencia del género llegará a permear la literatura de toda una serie

de escritores: Ricardo Piglia, Sergio Pitlor, José Pablo Feinmann, Luis Sepúlveda, Roberto Bolaño, Horacio Castellanos Moya, Sergio Ramírez y muchos otros. En fin, toda una gama de literatura que se nutre de distintas maneras y se deja influenciar o entra en conversación con distintas ramas del policiaco. Aunque no podemos generalizar, sí se podría hablar, especialmente durante esos años noventa, de una conciencia en muchos de estos autores de lo que Taibo II ha llamado “el sistema bárbaro” (204); las contradicciones de una nueva “paz” en que América Latina pasa de dictaduras y revoluciones a las promesas desiguales del capitalismo neoliberal. En un artículo corto sobre el género negro estadounidense, Ricardo Piglia utiliza una cita de Bertolt Brecht para captar el espíritu de estos textos norteamericanos: “¿Qué es robar un banco comparado con fundarlo?” (62). Quizás este mismo espíritu podría extenderse a Latinoamérica durante esta época. De hecho, Piglia utiliza la cita como epígrafe para *Plata quemada* (1997), una novela sobre los años sesenta del siglo XX en Argentina que quizás podría leerse como una crítica al menemismo neoliberal de los años noventa del mismo siglo. En fin, se trata de las contradicciones y desigualdades extremas de una nueva “paz”: posmoderna, de capitalismo tardío, neoliberalismo o como queramos llamarle. Así también, autores que utilizan distintos aspectos del género para “cuestionar, transgredir y subvertir —un orden injusto” (Giardinelli 358).

Volviendo a Costa Rica, las injusticias de este orden empiezan a verse en la “paz” compleja, contradictoria y heterogénea del siglo XXI. En este sentido, como con el género negro en Norteamérica y algunas de las novelas latinoamericanas de fines del siglo XX, quizás hablamos de una violencia más económica, institucional, que tiene sus raíces en cambios profundos a partir de los años ochenta del siglo anterior. En estos años, Costa Rica se convierte, según William I. Robinson, en un ejemplo regional de reformas neoliberales. Entre 1982 y 1990, el país recibe más de \$1.3 mil millones del Agency for International Development, en parte como oposición ideológica al sandinismo en Nicaragua (137). A la vez, se firman siete acuerdos con el International Monetary Fund (FMI), influenciados por la famosa “píldora neoliberal” (privatización; debilitamiento del Estado benefactor; apertura al capital financiero y la inversión extranjera en el país; desarrollo de zonas francas y un enfoque económico en exportaciones no tradicionales y turismo). Aunque en los tempranos años 2000 se habla de una “crisis” neoliberal continental, y aunque sí existió oposición fuerte a, entre otras cosas, la inclusión de Costa Rica en el Central American Free Trade Agree-

ment (DR-Cafta) (2007), esta dirección general continúa, y en algunos casos se profundiza.<sup>9</sup>

En estos mismos años, el país ha visto crecer la desigualdad, la violencia y también varios tipos de criminalidad. Hasta BBC Mundo llegó a publicar un artículo titulado “¿Por qué Costa Rica está dejando de ser la Suiza de Centroamérica?”. En este, se entrevista al sociólogo Carlos Sandoval, quien dice que el país lleva 25 años con el 20 % de la población sumido en la pobreza y el 6 % en la pobreza extrema (Ventas párr. 59). Sandoval también señala que Costa Rica pasó de ser el segundo país menos desigual del continente al quinto más desigual (párr. 62-63). Por su parte, otro sociólogo, Rodolfo Calderón Umaña, menciona en su libro *Delito y cambio social en Costa Rica* que, en 1988, el ingreso monetario del 10 % de los hogares más ricos del país resultaba catorce veces superior al ingreso del 10 % más pobre; para el 2004, la relación era casi treinta y cuatro veces superior (96). Aunque el país continúa invirtiendo en educación y salud, estas diferenciaciones llevan a experiencias muy distintas según la clase social. Un breve ejemplo de esto podrían darlo algunos datos sobre infraestructura en centros de enseñanza en el 2005. Para este año, el 64.5 % de las aulas de la educación pública estaban en buen estado, frente al 99.2 % de los centros privados (Calderón Umaña 97-98). De hecho, los colegios privados del país aumentaron del 12 % en 1980 al 27 % en 2006 (98). En cuanto a servicios estatales, como seguridad social, electricidad y agua potable, la exclusión social afectaba a más de una quinta parte de los hogares del país para el 2004 (100).

La violencia en sí también ha crecido, tanto como la presencia del narcotráfico en Costa Rica. De hecho, algo del incremento en las tasas de homicidios —de 5.8 en 1994 a 11.4 en 2005— se atribuye a pugnas de narcotraficantes en zonas como San José y Alajuela, donde se han casi duplicado los asesinados en los últimos años (Miranda “Disputas narco” párr. 9-12). Según la Sección de Estadística del Poder Judicial, entre 2000 y 2012, la tasa de criminalidad se duplicó; también aumentó la tasa de delincuencia (Miranda “Pena máxima” párr. 5-6). La organización Global Financial Integrity, además, calcula el flujo de dinero ilícito en Costa Rica en la primera década del siglo XXI en US\$ 64 000 millones, más del 10 % del producto interno bruto (PIB) del país (Ventas párr. 56). No hace mucho, por ejemplo, cayó la empresa Liberty Re-

<sup>9</sup> Aquí me ayudaron los libros de Robinson y Calderón Umaña, así como algunos artículos recientes de Francisco Robles.

serve, con sede en Costa Rica, acusada del lavado de dinero más grande en la historia del mundo (Arguedas párr. 1-4).

Pero quizás las estadísticas más sorprendentes se relacionen con lo que Calderón Umaña describe como un “nuevo *ethos* punitivo que acompaña a la desregulación en materia económica y al debilitamiento del Estado benefactor” (16). Según el autor, este fenómeno es global —actualmente, Estados Unidos es el país con la tasa más alta de encarcelamiento en el mundo— (17). En el caso de países centroamericanos como Guatemala y El Salvador, Calderón Umaña menciona una opinión extendida (55 % en el primero y 75 % en el segundo) de que los derechos humanos —específicamente derechos del debido proceso en términos penales— favorecen a los delincuentes y así no se les puede combatir (17).<sup>10</sup> Uno pensaría que Costa Rica, con su imaginario de paz y supuesto *ethos* “civilista”,<sup>11</sup> sería diferente, pero, según Calderón Umaña, este no es necesariamente el caso. El sociólogo menciona que en Costa Rica la reacción que predomina entre ciudadanos e instituciones del Estado, de cara al aumento que ha manifestado la criminalidad, también se caracteriza por el predominio de actitudes y acciones eminentemente represivas (18). Según una encuesta de la Organización Panamericana de la Salud en 1999, los costarricenses son quienes, en el contexto iberoamericano, reportan un mayor apoyo hacia las medidas autoritarias para reprimir el delito (Calderón Umaña 18). Un 38 % de los entrevistados afirmó que se debe tomar la ley en las propias manos cuando las autoridades fallan; un 21.5 % justificó el derecho de la Policía a invadir una casa sin orden de cateo; un 25 % aceptaría que la Policía detuviera a jóvenes por su aspecto físico; un 15 % aprobaría la tortura para obtener información y un 52 % estaba a favor de la pena de muerte (18). Casi diez años después, en el 2008, un sondeo nacional encontró que un 83 % de las personas entrevistadas estuvo de acuerdo con el aumento de las penas<sup>12</sup> y que el 95 % dijo apoyar el fortalecimiento de los cuerpos policiales

<sup>10</sup> Mo Hume tiene un artículo muy interesante sobre las políticas de “mano dura” del Estado salvadoreño a principios de los años 2000: “*Mano dura: El Salvador Responds to Gangs*”.

<sup>11</sup> En su libro *Los militares en Costa Rica: génesis, apogeo y caída del Ejército en Costa Rica: 1821-1919*, Ólger González Murillo escribe: “El militarismo ... fue un destello en la historia costarricense, que se apagó ante la presencia de ideas civilistas y de gobernantes con mentalidad igualmente civilista” (17).

<sup>12</sup> En Costa Rica se han hecho varias reformas a las penas máximas. Algunas de las más significativas se realizaron en 1994, cuando se aumentó el tope máximo de las penas de veinticinco a cincuenta años, entre otras cosas. Las penas no disminuyeron la criminalidad en

y las redadas (18); un 34.5 % estuvo de acuerdo con que la Policía torture a los delincuentes; un 25 % estaba a favor de restablecer la pena de muerte; y el 30 % al derecho de las víctimas de tomar la ley en sus propias manos (18).

La intención de estas breves estadísticas y noticias de cambios socioeconómicos no es vilificar a mi país. Como he mencionado, Costa Rica repetidamente recibe marcas altas en expectativa de vida, educación y PIB per cápita. Además, sus niveles de violencia y criminalidad aún son bajos para el continente y la región. Sin embargo, también nos muestran un retrato más complejo del país; de una “paz” y una modernidad para nada homogénea.

#### CRÍMENES CONTEMPORÁNEOS EN LA FICCIÓN

Dadas estas realidades socioeconómicas, tal vez no es de sorprenderse que los crímenes en la ficción empiecen a cobrar mayor peso en el ámbito literario costarricense. Durante los últimos veinte años, más o menos, el país ha visto crecer un corpus literario heterogéneo, que de manera consciente y consistente entra en conversación con distintas ramas del género policiaco. Por esta razón, utilizo la idea de “crímenes” en un sentido más amplio aquí, para referirme a novelas o cuentos que incorporan o se apropian de distintos aspectos del género. En fin, sería más exacto hablar de hibridez que de textos “puros” en sus diferentes subgéneros.

Es una producción literaria bastante nueva, poco conocida y poco estudiada. Por eso, estos comentarios solamente pueden servir como un punto de partida y nunca como una lista o reflexión final. Hay aún mucho que entender sobre la influencia del género policiaco en el país, sobre sus raíces, su presente y su futuro. También, cada uno de estos textos requeriría una discusión más amplia. Algunos de ellos, de hecho, tienen bibliografías bastante extensas. La idea principal aquí es simplemente crear una pequeña genealogía y recopilación de ellos. A la vez, ligarlos a los procesos socioeconómicos y literarios descritos anteriormente. Porque, para mí, es ese lado oscuro o contradictorio de la Costa Rica “globalizada” de los últimos treinta años el que sirve como un motor para conectar el género policiaco con cuestionamientos más grandes de la realidad costarricense: primero, como una representación viable y

---

el país. Mientras tanto, el sistema carcelario alcanzó un hacinamiento del 40 %, en centros como San Sebastián, con una sobrepoblación del 80 %. Ver Miranda (“Pena máxima”) y Sánchez Ureña.

válida de la realidad contemporánea del país; segundo, como un instrumento crítico, tanto estético e ideológico, para explorar la identidad e historia costarricenses. Así es como, por primera vez, Costa Rica produce toda una gama de literatura que *conscientemente* toma del género, se identifica con él y se nutre de sus distintas fuentes y ramificaciones. Aunque su forma e intención narrativa pueden ser heterogéneas, sin duda la gran mayoría también busca profundizar críticamente en distintos aspectos de la Costa Rica del pasado y el presente. Al igual que con el género negro en Norteamérica y algunas de las novelas latinoamericanas de fines del siglo XX, carga esa conciencia, como menciona Giardinelli, del “poder cuestionador de la moderna novelística negra” (357). Así se continúa una tradición crítica costarricense, tanto literaria e intelectual, que busca, detrás de la paz, el otro lado de la moneda, las otras Costa Ricas que también son Costa Rica.<sup>13</sup>

El “comienzo” de esta producción literaria es difícil de señalar. Algunos, por ejemplo, han mencionado la novela *Huellas de ceniza* (1993), de Enrique Villalobos, como la primera novela costarricense propiamente policiaca (Chaves Espinach párr. 18). Sin embargo, para mí, el acercamiento al cambio de siglo pareciera un mejor momento para marcar este crecimiento, especialmente en relación con un corpus literario claro y consistente. Específicamente, mencionaría dos novelas pioneras en el inicio de este desarrollo: *Cruz de olvido* (1999), de Carlos Cortés, y *El año del laberinto* (2000), de Tatiana Lobo. Empiezo con estas novelas aquí porque de cierta manera revelan, y

<sup>13</sup> No quiero decir aquí que el crimen, como tema y preocupación ideológica, no se haya utilizado de manera crítica en el pasado literario costarricense. Sin embargo, la apropiación consciente del género policiaco, tanto en número como en intensidad, es sin duda algo muy reciente. Valdría mencionar aquí, dado nuestro tema, la novela *Los vencidos* (1977), de Gerardo César Hurtado, que discute la matanza en diciembre de 1948 —para algunos relacionada al Estado figuerista— de varios líderes comunistas en un lugar conocido como el Codo del Diablo. Un documental reciente —*El codo del diablo* (2015)— también trata este tema. La novela forma parte de un grupo pequeño de novelas sobre la guerra civil de 1948, que incluye *Final de calle* (1979), de Quince Duncan, y *El eco de los pasos* (1979), de Julieta Pinto. También podríamos mencionar la novela *La isla de los hombres solos* (1967), de José León Sánchez, sobre las condiciones inhumanas del viejo penal costarricense en la isla de San Lucas. Por último, quizás valdría la pena investigar más a fondo el impacto sobre la conciencia nacional y literaria de un libro de no ficción: *El caso Chemise* (1994). Este libro, atribuido a dos hermanos de apellido Romero, fue muy polémico en su época, ya que acusaba a un expresidente —José María Figueres, hijo del primer José Figueres— del asesinato de un delincuente (Chemise). La acusación nunca fue comprobada y el expresidente Figueres ganó una querrela contra los hermanos.

hasta quizás inauguren, preocupaciones estéticas e ideológicas muy ligadas a las reflexiones de este artículo, especialmente a la relación entre el género policiaco y un cuestionamiento crítico del imaginario costarricense de “paz”.

*Cruz de olvido* fue galardonada con el Premio Nacional Aquileo J. Echeverría en el año 1999. Además, fue la primera novela de un costarricense publicada por la editorial Alfaguara; de gran resonancia dentro y fuera del país. La novela empieza con un asesinato múltiple en la Cruz de Alajuelita —situada sobre uno de los cerros principales del Valle Central, donde está la capital—. El crimen hace referencia simbólica a un crimen que aconteció en 1986 en este mismo lugar —supuestamente el primero del “psicópata”, un asesino en serie—. La novela, sin embargo, “ficcionaliza” este crimen y lo relaciona con el primer sandinismo y con una Centroamérica que sale de las guerras de los años ochenta del siglo XX. El personaje principal, Martín Amador, debe volver a Costa Rica de la Nicaragua posrevolucionaria, porque le han informado que su hijo fue una de las víctimas del asesinato. En este sentido, la novela tiene una clara conciencia “transnacional”, que busca relacionar a Costa Rica con la historia del istmo y del mundo; quiebra, mediante la función investigativa del texto, con una visión insular de lo nacional. El momento histórico también es muy importante porque, aunque “ficcionalizado” en la novela, representa una época de gran cambio para el país. Es, en fin, un momento de transición política y socioeconómica hacia una Costa Rica que se abre plenamente a las promesas desiguales del capitalismo neoliberal descritas en la sección anterior. Este cambio está ligado implícitamente al crimen y al género negro como elección estética en el texto; también, al cuestionamiento de un imaginario de democracia y estabilidad nacional. En la novela, por ejemplo, una serie de personajes hiperbólicos relacionados con los círculos de poder nacionales —como el Procónsul, un presidente que se divierte, entre otras cosas, “cazando” homosexuales— representan un Estado corrupto y violento, mediante el cual se “denuncia ... la estrecha relación poder político, corrupción, ambición, crimen” (Chaverri 37). Así la novela no solo se apropia del género negro para retratar una Costa Rica más desigual y violenta, sino que conscientemente deconstruye toda una serie de mitos ligados al imaginario de “paz” de la “Suiza centroamericana”.

Por su parte, *El año del laberinto* fue galardonada con el Premio Nacional Aquileo J. Echeverría en el año 2000. De hecho, su autora ha ganado el Premio Nacional otras dos veces; también un premio de la Academia Costarricense de la Lengua y el Sor Juana Inés de la Cruz en 1995. *El año del laberinto* existe

en algún territorio híbrido entre la novela histórica y los escritos de John Le Carré; entrecruza varias voces para narrar el asesinato de Sofía, una migrante cubana, en el San José de finales del siglo XIX. En este sentido, al igual que *Cruz de olvido*, utiliza un crimen como motor de la trama, pero también como instrumento ideológico-investigativo para explorar el imaginario e historia nacional. El texto se basa en personajes y hechos reales —incluidas varias visitas de José Martí al país— y una investigación meticulosa de la autora sobre esta época. Así, aunque no trata una problemática contemporánea, está claramente influenciada por una intención ideológica más moderna, que busca recontextualizar la historia costarricense dentro de un marco transnacional. La novela liga, por ejemplo, la historia del país con la lucha independentista cubana, y muestra a Costa Rica como conectada, y no separada, de los eventos históricos de la época. Además, escoge un momento histórico muy importante, clave para el desarrollo de un imaginario de nación ligado a la democracia y la “paz”. Relacionado con esto, su espíritu crítico es también muy claro, ya que representa un San José corrupto, desigual y para nada pacífico. La misma autora asegura, por ejemplo, que la novela “desmiente los 100 años de democracia” costarricense (Díaz párr. 4). Uriel Quesada dice inclusive que la novela va más allá, ya que “propone que el Estado nacional costarricense está fundado en un ambiguo ligamen con lo criminal” (“Crimen productivo” 90). Al igual que *Cruz de olvido*, representa los círculos de poder nacionales como instituciones corruptas que utilizan el concepto de justicia a su antojo, por lo general para avanzar sus propios intereses. En este sentido, y aunque la novela estéticamente toma más del policiaco de corte inglés, su espíritu crítico la relaciona más con las intenciones ideológicas de la novela negra estadounidense y latinoamericana hacia fines del siglo XX. Así conecta, al igual que *Cruz de olvido*, el cuestionamiento crítico de la literatura policiaca moderna con una problemática costarricense vista desde fines del siglo XX.

Estas dos novelas inauguran obsesiones y problemáticas que compartirán algunas publicaciones posteriores. En esos mismos años, aparecen las novelas *Después de la luz roja* (2001), de Mario Zaldívar, y *Mariposas negras para un asesino* (2005), de Jorge Méndez Limbrick. Ambas utilizan recursos más experimentales en lo que atañe a su forma literaria —mezcla de géneros, intertextualidad, movimientos entre distintas voces y tiempos—, pero sin duda tienen en su constitución una influencia policiaca. En el 2004, otra novela, *En clave de luna*, de Óscar Núñez, también le sigue los pasos al “psicópata”,

el mismo asesino en serie a quien indirectamente alude Cortés.<sup>14</sup> También, en el 2004, Uriel Quesada publica la colección de cuentos *Lejos, tan lejos*, en la que se incluye un cuento —“El elefante birmano” — en el que un policía persigue a un inmigrante nicaragüense.<sup>15</sup> Otro cuento de corte policiaco, “El cazador de asesinos”, también aparece en la colección de cuentos *Transcripciones infieles* (2006), del autor Carlos Alvarado Quesada.

Hacia finales de la primera década del siglo XXI, la influencia del género y sus crímenes continúa su ascenso. En 2010, dos novelas —*Verano rojo*, de mi autoría, influenciada por la novela negra y el *thriller* político, y *El laberinto del verdugo*, de Jorge Méndez Limbrick, segunda entrega de una trilogía con tintes góticos— compartieron el Premio Nacional de Literatura Aquileo J. Echeverría. Hoy día, dos editoriales importantes han desarrollado colecciones de novela negra: Costa Rica y Uruk, que recientemente inauguró su colección “El cuervo”, con novelas de Guillermo Fernández (*Ojos de muertos*, 2012), Oscar Núñez (reedición de *En clave de luna*), Mario Zaldívar (*El amanuense solitario*, 2015) y Warren Ulloa Argüello (*Elefantes de grafito*, 2015). También, otras editoriales han incursionado o piensan incursionar en este género. La editorial Lanzallamas, por ejemplo, publicó *En la oscurana* (2012), de Rodrigo Soto, en la que una periodista investiga el asesinato de una turista holandesa.<sup>16</sup> Y en 2014, también el autor de este artículo publicó *Lluvia del norte* (editorial Costa Rica), una segunda novela con el mismo protagonista de *Verano rojo*, con una trama negra relacionada con la inmigración y el desarrollo turístico.<sup>17</sup> Además, se han publicado novelas recientes de gran heterogeneidad, que de alguna manera referencian lo policial: *La huella de*

<sup>14</sup> Al “psicópata” se le atribuyeron diecinueve crímenes entre 1986-1996. Nunca fue aprehendido.

<sup>15</sup> Quesada también se ha interesado por estudiar el desarrollo del género en Centroamérica, aún muy poco conocido. Ver “¿Por qué estos crímenes? Literatura policiaca en Centroamérica”. Sobre la influencia crítica de lo “negro” en la literatura centroamericana contemporánea, ver Kokotovic.

<sup>16</sup> Para mí, su novela *El nudo* (2008) también revela una influencia del policiaco.

<sup>17</sup> Ambas novelas tienen como protagonista a don Chepe, un exguerrillero costarricense que investiga crímenes. En *Verano rojo*, don Chepe investiga la muerte de una amiga argentina, cuyo asesinato se conecta a la época de las revoluciones en Centroamérica; específicamente, a la memoria “ficcionalizada” del atentado de La Penca. En *Lluvia del norte*, don Chepe investiga el asesinato de un nicaragüense indocumentado. Ambas novelas tienen como contexto una zona rural y costera del país (Paraíso, Guanacaste), de gran crecimiento ligado al turismo.

*los zopilotes* (2012), de Francisco Dall'Anese —una investigación de policías y fiscales relacionados con el crimen organizado—, *Don Juan de los manjares* (2012), de Rafael Ángel Herra —una parodia de varios géneros, entre ellos el policial— y *La ausencia del mal* (2013), de Víctor Alba de la Vega —una novela más experimental—, que también se nutre del género. Otra novela reciente, que aunque no necesariamente toma ingredientes del policiaco directamente, sin duda utiliza un crimen como instrumento reflexivo-crítico —poético, existencialista y más experimental— para abordar la oscuridad de la sociedad costarricense contemporánea: *El diminuto corazón de la iguana* (2014), de Cirus Sh. Piedra.<sup>18</sup> También Carlos Cortés ha publicado una novela, *Mojiganga* (2015), que se apropia del género para explorar la historia reciente del istmo. La novela, que ganó el Premio de Literatura Rogelio Sinán en Panamá, se centra en los últimos años de la vida de Graham Greene, en la época del general Torrijos. Y, por primera vez este año (2016), uno de los concursos literarios más importantes del país —el Premio Joven Creación de la editorial Costa Rica— será concedido a la mejor novela policiaca. También se publicó, muy recientemente, un artículo en el periódico *La Nación* —uno de los principales del país— sobre la influencia y crecimiento del género (Chaves Espinach).

Obviamente, no todos los textos que señalé aquí son iguales o tienen las mismas intenciones estético-ideológicas. Sin embargo, de una manera u otra, sí establecen una relación con algunas de las preocupaciones inauguradas por *Cruz de olvido* y *El año del laberinto*. Nombraría aquí tres cuestiones centrales. Primero, la apropiación del género policiaco como instrumento crítico importante, tanto estético como ideológico. En relación con esto, quizás podrían establecerse dos espectros generales. Uno, que abarca influencias de distintas ramas del género: desde la novela negra hasta el enigma clásico de corte inglés, pasando por el *thriller* político, el policial procesal, entre otros. El segundo podría calificarse como estético-ideológico: por un lado, novelas de tradición más “realista”, cuyo interés principal es abordar la realidad sociopolítica del país; por el otro, novelas cuya preocupación principal es más “textual-experimental”. Ligado a esto, habría que explorar más a fondo la función crítico-ideológica de los textos. Algunas de estas publicaciones, por ejemplo, parecen relacionar el crimen con individuos o ideas más abstractas

<sup>18</sup> La novela ganó el Premio Nacional Aquileo J. Echeverría del 2014.

de corrupción y poder, mientras que otras, como las de Cortés y Lobo, buscan investigar lo que podría describirse como una violencia y desigualdad más institucional. En algunas, las investigaciones se sitúan en manos de la Policía, representantes de la Policía o periodistas; son, por lo general, investigadores falibles, pero aún muy ligados a una fe indirecta en los sistemas de orden del Estado. Otros textos buscan criticar estas mismas instituciones del orden estatal, que a veces parecen ser la raíz de todo lo criminal.

La segunda cuestión que parecen compartir es la representación de una Costa Rica de modernidad contradictoria, más violenta, corrupta y desigual. Así, aunque hablen del pasado o del presente, la presencia implícita de una problemática socioeconómica ligada a la Costa Rica “globalizada” de fines del siglo XX es, en este caso, muy fuerte. Relacionado con esto, muchos de estos textos comparten una concepción transnacional —para mí también ligada a este momento de “crimen global”— de un país y una literatura que se conectan con las problemáticas del resto del continente y el mundo. Como en los textos de Lobo y Cortés, se trata en estos casos de una Costa Rica que se mira hacia fuera: en medio o en relación con las guerras centroamericanas (Cortés y Quirós); la guerra de independencia cubana (Lobo); la Primavera Árabe y el tráfico de armas (Ulloa Argüello); la guerra de Irak (Fernández); la inmigración y el turismo (Quesada, Soto y Quirós); y el narcotráfico, el crimen y la violencia como fenómenos transnacionales. Todas estas temáticas invaden la conciencia de estos textos; ven en el género policiaco y sus crímenes un nuevo modelo literario —uno entre muchos, por supuesto— para abordar desde un nuevo siglo una nueva realidad. Para un momento histórico en el que aún se promete la libertad, y hasta la felicidad, mediante las políticas abiertas del mercado, el género y su tradición permiten un importante espacio de reflexión literaria, de protesta ante el peligro de dejarse tragar por visiones homogéneas de la realidad de un país. Así no necesariamente se desmiente la paz costarricense, la originalidad de nuestra historia, sino que más bien se busca restaurarle toda su complejidad.

Nadie lo pudo haber dicho mejor que un policía al que entrevisté alguna vez en Guanacaste, zona donde toman lugar mis novelas y en la que conviven desarrollos turísticos millonarios con pueblos sin infraestructura básica. Sus comentarios, de hecho, quizás sean la mejor explicación que he escuchado para la necesidad crítica del género policiaco hoy día, especialmente para mi país. Este policía aceptaba que a la zona había llegado algo de lo que él describía como “progreso”. A la vez, me dijo: “Con el progreso vienen todos

los hijueputas". Quizás contra ellos es que escribimos. También contra ese otro lado del progreso, el más oscuro, la otra cara de una misma moneda. Porque, detrás de la paz siempre van a haber otras cosas, y quizás sea una de las obsesiones del escritor de crímenes ir las a buscar.

#### OBRAS CITADAS

- "Los 5 países con más y con menos homicidios en América Latina". *BBC Mundo* 11 dic. 2014. Web. 25 jun. 2016. <<http://www.cooperativa.cl/noticias/mundo/america-latina/los-cinco-paises-con-mas-y-con-menos-homicidios-en-america-latina/2014-12-11/115344.html>>.
- ACAN-EFE. "Costa Rica cierra el 2015 con la tasa más alta de homicidios". *La Nación* 31 dic. 2015. Web. 25 jun. 2016. <[http://www.nacion.com/sucesos/accidentes/Costa-Rica-cierra-tasa-homicidios\\_0\\_1533646691.html](http://www.nacion.com/sucesos/accidentes/Costa-Rica-cierra-tasa-homicidios_0_1533646691.html)>.
- Álvarez-Solar, María C. "Costa Rica y el atentado de La Penca (1984)". *Diálogos: Revista Electrónica de Historia* 13.2 (2012-2013): 68-91. Digital. 25 jun. 2016. <<http://revistas.ucr.ac.cr/index.php/dialogos/article/view/6373/6076>>.
- Arguedas, Carlos. "La empresa ligada a lavado de dinero Liberty Reserve movió \$100 millones en bancos de Costa Rica". *La Nación* 1 jun. 2013. Web. 25 jun. 2016. <[http://www.nacion.com/sucesos/Liberty-Reserve-millones-Costa-Rica\\_0\\_1345065558.html](http://www.nacion.com/sucesos/Liberty-Reserve-millones-Costa-Rica_0_1345065558.html)>.
- Calderón Umaña, Rodolfo. *Delito y cambio social en Costa Rica*. San José: Flacso, 2012. Digital. 25 jun. 2016. <[http://www.flacso.or.cr/images/flippingbook/pdfs/libros/delito\\_cambio\\_social.pdf](http://www.flacso.or.cr/images/flippingbook/pdfs/libros/delito_cambio_social.pdf)>.
- Chaverri, Amalia. "Cruz de olvido: historia, ficción y catarsis". *Letras* 35 (2003): 37-54. Digital. 25 jun. 2016. <<http://www.revistas.una.ac.cr/index.php/letras/article/view/3944/3788>>.
- Chaves Espinach, Fernando. "¿De qué habla la novela negra en Costa Rica?". *La Nación* 23 nov. 2015. Web. 25 jun. 2016. <[http://www.nacion.com/ocio/literatura/habla-novela-negra-Costa-Rica\\_0\\_1526047427.html](http://www.nacion.com/ocio/literatura/habla-novela-negra-Costa-Rica_0_1526047427.html)>.
- \_\_\_\_\_. "El imaginario nacional: mitos de integración, mitos de exclusión". *La invención de Costa Rica*. San José: Costa Rica, 2003. Impreso.
- Díaz, Doriam. "La otra historia por contar". *Viva. Revista diaria de La Nación* 10 may. 2000. Web. 25 jun. 2015. <<http://www.nacion.com/viva/2000/mayo/10/cul1.html>>.

- Feinzaig Rosenstein, Jaime. "Nuestro 1° de diciembre en Roma". *La Nación* 24 dic. 2013. Web. 25 jun. 2016. <[http://www.nacion.com/opinion/foros/diciembre-Roma\\_0\\_1386261371.html](http://www.nacion.com/opinion/foros/diciembre-Roma_0_1386261371.html)>.
- Foucault, Michel. *Discipline & Punish: The Birth of the Prison*. Trad. Alan Sheridan. New York: Vintage, 1995. Impreso.
- Gallo, Daniel. "Cifras oficiales: creció 16 % el número de asesinatos en el país". *La Nación* 28 de may. 2015. Web. 25 jun. 2016. <<http://www.lanacion.com.ar/1796485-cifras-oficiales-crecio-16-el-numero-de-asesinatos-en-el-pais>>.
- Giardinelli, Mempo. "La novela negra en la América Hispana". *Retóricas del crimen. Reflexiones latinoamericanas sobre el género policial*. Ed. Ezequiel de Rosso. Alcalá la Real: Alcalá, 2011. 355-358. Impreso.
- Gilsinan, Kathy. "Countries Without Militaries". *The Atlantic* 11 nov. 2014. Web. 25 jun. 2016. <<http://www.theatlantic.com/international/archive/2014/11/countries-without-militaries/382606/>>.
- González Murillo, Ólger. *Los militares en Costa Rica: génesis, apogeo y caída del Ejército en Costa Rica: 1821-1919*. San José: Alma Mater, 2005. Impreso.
- Hurtado, Gerardo César. *Los vencidos*. San José: Editorial Costa Rica, 1977. Impreso.
- Hume, Mo. "Mano Dura: El Salvador Responds to Gangs". *Development in Practice* 17.6 (2007): 739-751. Digital. 25 jun. 2016. <<http://www.tandfonline.com/doi/full/10.1080/09614520701628121>>.
- Kokotovic, Misha. "Neoliberal noir: Contemporary Central American Crime Fiction as Social Criticism". *Clues: A Journal of Detection* 24.3 (2006): 15-29. Impreso.
- Ludmer, Josefina. *El cuerpo del delito: un manual*. Buenos Aires: Perfil, 1999. Impreso.
- Mandel, Ernest. *Delightful Murder: A Social History of the Crime Story*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1984. Impreso.
- Méndez Limbrick, Jorge. *Mariposas negras para un asesino*. San José: Euna, 2005. Impreso.
- Mendoza, Élmer. "Las víctimas en la novela de crímenes mexicana". *Víctimas, novela y realidad del crimen*. Ed. Gustavo Forero Quintero. Medellín: Planeta, 2014. Impreso.
- Miranda, Hulda. "Disputas narco elevan de nuevo homicidios en Costa Rica". *La Nación* 6 ene. 2015. Web. 25 jun. 2016. <<http://www.nacion.com>>.

- com/sucesos/crimenes-asaltos/Disputas-narco-vuelven-subir-homicidios\_0\_1461853837.html>.
- . “Pena máxima de 50 años no bajó la criminalidad”. *La Nación* 3 mar. 2014. Web. 25 jun. 2016. <[http://www.nacion.com/sucesos/poder-judicial/Pena-maxima-anos-criminalidad\\_0\\_1400059993.html](http://www.nacion.com/sucesos/poder-judicial/Pena-maxima-anos-criminalidad_0_1400059993.html)>.
- Muñoz G., Mercedes. “Costa Rica: la abolición del Ejército y la construcción de la paz regional”. *Historia y Comunicación Social* 19 (2014): 375-388. Digital. <<https://revistas.ucm.es/index.php/HICS/article/viewFile/47301/44351>>.
- Piglia, Ricardo. “Sobre el género policial”. *Crítica y ficción*. Barcelona: Anagrama, 2001. 59-62. Impreso.
- . “¿Por qué estos crímenes? Literatura policiaca en Centroamérica”. (Per)Versiones de la modernidad. *Literaturas, identidades y desplazamientos*. Eds. Beatriz Cortez, Alexandra Ortiz Wallner y Verónica Ríos Quesada. Guatemala: F&G, 2012. 165-184. Impreso.
- . “Crimen productivo y nación en *El año del laberinto*”. *Filología y Lingüística* xxxi (2005): 89-96. Digital. <[http://www.academia.edu/1953207/Crimen\\_productivo\\_y\\_nación\\_en\\_El\\_año\\_del\\_laberinto](http://www.academia.edu/1953207/Crimen_productivo_y_nación_en_El_año_del_laberinto)>.
- Rey Rosa, Rodrigo. “Ningún lugar sagrado”. *Retóricas del crimen. Reflexiones latinoamericanas sobre el género policial*. Ed. Ezequiel de Rosso. Alcalá la Real: Alcalá, 2011. 367-368. Impreso.
- Robinson, William I. *Transnational Conflicts. Central America, Social Change and Globalization*. New York: Verso, 2003. Impreso.
- Rodríguez, Irene. “Costa Rica es nuevamente el país más feliz del mundo, según índice ‘Happy Planet’”. *La Nación* 14 jun. 2012. Web. 25 jun. 2016. <[http://www.nacion.com/vivir/bienestar/Costa-Rica-nuevamente-Happy-Planet\\_0\\_1274672712.html](http://www.nacion.com/vivir/bienestar/Costa-Rica-nuevamente-Happy-Planet_0_1274672712.html)>.
- Robles Rivera, Francisco. “Transformaciones y concentración en grupos de poder económico en Costa Rica (1980-2012)”. *Revista Mexicana de Sociología* 76.1 (2014): 37-58. Web. 25 jun. 2016. <<http://www.scielo.org.mx/pdf/rms/v76n1/v76n1a2.pdf>>.
- . “Los dueños de la ‘contra-reforma’ neoliberal en Costa Rica”. *Revista Paquidermo* 30 ago. 2010. Web. 25 jun. 2016. <<http://www.revistapaquidermo.com/archives/2185>>.
- Sánchez, José León. *La isla de los hombres solos*. México: Penguin Random House, 2014. Impreso.

- Sánchez Ureña, Héctor. "Las reformas al código penal y sus consecuencias en las prisiones". *Revista Digital de la Maestría en Ciencias Penales de la Universidad de Costa Rica* 3 (2011): 433-455. Digital. 25 jun. 2016. <<http://revistas.ucr.ac.cr/index.php/RDMCP/article/view/12416/11664>>.
- Taibo II, Paco Ignacio. "La 'otra' novela policíaca". *Retóricas del crimen. Reflexiones latinoamericanas sobre el género policial*. Ed. Ezequiel de Rosso. Alcalá la Real: Alcalá, 2011. 199-212. Impreso.
- United Nations Development Programme. *Human Development Report 2015. Work for Human Development*. New York: United Nations Development Programme, 2015. Digital. 25 jun. 2016. <[http://hdr.undp.org/sites/default/files/2015\\_human\\_development\\_report.pdf](http://hdr.undp.org/sites/default/files/2015_human_development_report.pdf)>.
- United Nations Office on Drugs and Crime. *Global Study on Homicide 2013. Trends, Context, Data*. Vienna: United Nations, 2013. Digital. 25 jun. 2016. <[https://www.unodc.org/documents/gsh/pdfs/2014\\_GLOBAL\\_HOMICIDE\\_BOOK\\_web.pdf](https://www.unodc.org/documents/gsh/pdfs/2014_GLOBAL_HOMICIDE_BOOK_web.pdf)>.
- Ventas, Leire. "Por qué Costa Rica está dejando de ser la 'Suiza de Centroamérica'". *BBC Mundo* 29 oct. 2015. Web. 25 jun. 2016. <[http://www.bbc.com/mundo/noticias/2015/10/151027\\_costa\\_rica\\_violencia\\_narcotrafico\\_homicidios\\_suiza\\_centroamerica\\_paraíso\\_seguridad\\_lv](http://www.bbc.com/mundo/noticias/2015/10/151027_costa_rica_violencia_narcotrafico_homicidios_suiza_centroamerica_paraíso_seguridad_lv)>.